

24. LA PARÁBOLA DEL PERDÓN

Introducción. Las parábolas de Jesús están inspiradas en lo real. Y no hay nada más real que la aparición de los conflictos y los desencuentros en nuestras relaciones. Es muy habitual que perdamos la paz, que nos inundemos de indignación, de cabreo, cuando las personas actúan y nos tratan de una manera que nos ofende y afecta. A veces son detalles sin importancia y nos trabajamos interiormente por relativizar, por poner la otra mejilla y seguir como si nada. Pero en otras ocasiones el motivo del enfado está justificado. Falta total de sensibilidad y empatía. Comentarios hirientes que se clavan como un navajazo en lo profundo de la autoestima y del corazón. Bromas de dudoso gusto, insultos, faltas de respeto, juicios que se emiten sobre nuestras vidas en los que nos vemos desvalidos e indefensos. Cuando aparece el conflicto hay una reacción visceral que es la autodefensa. A veces con poca proporcionalidad volcamos nuestra ira y nuestro rencor contra aquella persona que nos incomoda. Y el resultado es la culpabilidad, el enfado, la justificación, y un orgullo que nos impide encontrar la paz. Jesús en la parábola de hoy aborda de forma comprensiva el camino de la reconciliación.

Lo que Dios nos dice. *«Acercándose Pedro a Jesús le preguntó: «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?». Jesús le contesta: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Por esto, se parece el reino de los cielos a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus criados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El criado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: “Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo”. Se compadeció el señor de aquel criado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero al salir, el criado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba diciendo: “Págame lo que me debes”. El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: “Ten paciencia conmigo y te lo pagaré”. Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: “¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo rogaste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?”. Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si cada cual no perdona de corazón a su hermano» (Mt 18,21-35).*

Los primeros que nos sentimos mal cuando aparece el conflicto somos nosotros. Sufrimos el ambiente irrespirable que aparece tras una discusión, tras un whatsapp que nos juzga, nos culpa y nos responsabiliza de algo que no ha salido bien. En una guerra nunca gana nadie, perdemos todos. Por eso Jesús intenta llevarnos a la experiencia de reconocer que, para perdonar es necesario recordar cuando hemos sido perdonados. Es la evocación de lo liberador que es sentirnos perdonados lo que nos impulsa a ser dadores de perdón. “No se cómo comenzó la discusión, ni a quien le toca ahora pedir perdón”, cantaban los Platero y tú. El conflicto nunca es racional. Se activan dimensiones de nuestro ser que están heridas hace tiempo. Todos llevamos en la mochila una carga pesada de baja autoestima, de haber sido víctimas de engaños y de utilidades. Todos recordamos abandonos y traiciones. Por eso, cuando en el horizonte se asoman las negras nubes de una nueva tormenta, nos equipamos de todas las defensas y escudos posibles. La parábola habla de una deuda. ¿Quién nos debe algo? No podemos vivir como si el mundo nos debiese algo. No serán nuestras expectativas las que empañan las relaciones con los demás. Yo creo que debería ser tratado de una determinada manera. Y resulta que la otra persona tiene otra percepción totalmente diferente. ¿De quien es la culpa? ¿mía o suya? No hay que buscar culpables. Hay que activar el perdón. La raíz etimológica de la palabra "perdón" proviene del latín *perdonare*, que significa "dar completamente". Está compuesta por el prefijo "per", que denota totalidad, y el verbo "donare", "dar" o "regalar". Por tanto, "perdonar" implica "dar completamente", lo que en esencia es un regalo de paz total.

Cómo podemos vivirlo. Si recordamos que somos limitados, no nos costará reconocer que los demás también lo son. Por tanto, indignarse frente a los fallos y límites de los demás es inútil. A lo que Jesús nos invita es a desplegar el amor a nivel Dios. *«Por el contrario, amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada; será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los malvados y desagradecidos. Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6,35-36).*